

Democracia y ejercicios del poder. Desafíos para una nueva izquierda

Jefferson Oliveira Goulart

Jefferson Oliveira Goulart: politólogo brasileño, ex-secretario municipal de Cultura y jefe de Gabinete del Alcalde de Piracicaba (Sao Paulo), durante la gestión del PT (1989-1992).

Resumen:

A partir de la cristalización de un nuevo orden mundial –aunque impreciso en sus configuraciones definitivas, sin embargo cristalino en lo que se refiere al colapso del comunismo– debe renovarse el pensamiento y la política de las izquierdas en el sentido de la afirmación de un compromiso profundo con la democracia, y de su vocación para el ejercicio del poder. Debe tenderse, por lo tanto, hacia una izquierda caracterizada por la *democracia procedimental* y por un *reformismo radical* en la lucha por la igualdad social, con la correspondiente modificación de su arco de alianzas.

El colapso del imperio soviético y el fin de la Guerra Fría abren una nueva era. A pesar del indiscutible agotamiento del viejo orden mundial, sería prematuro, sin embargo, afirmar la configuración definitiva del nuevo ordenamiento que se está gestando, sobre todo en lo que se refiere a sus desenlaces geopolíticos, las perspectivas de organizaciones supranacionales como la ONU y los patrones de relaciones entre los países centrales del capitalismo contemporáneo y aquellos comúnmente denominados «tercermundistas» –subdesarrollados e incluso «mercados emergentes»–, característicos de América Latina. El mundo se transforma a una velocidad jamás vista. En nuestro tiempo, dudas y perplejidades ocupan las conciencias y hay cada vez menos espacio para las certezas, excepto para la sensación de que todo se desvanece en el aire, incluso las utopías.

Un nuevo orden mundial

Algunas características del nuevo orden, no obstante, ya se revelan de manera destacada; dentro de ellas, la obsolescencia de la política de alineamiento automático –entendida históricamente por las izquierdas¹

¹ Usaré el término y el concepto siempre de esta forma plural. Preciosismos aparte, procuro incorporar la diversidad política presente en los diversos movimientos y partidos

como «campismo», a través del cual compañeros y enemigos eran escogidos mediante criterios de afinidad político-ideológica–, preeminencia de criterios económico-comerciales e independencia económica en las relaciones entre países, naciones y bloques, emergencia y resurgimiento de conflictos étnico-culturales que conforman un cuadro de «choque civilizacional»², extraordinaria sofisticación científico-tecnológica con amplia globalización de la economía.

Si, en el pasado, camaraderías y alineamientos eran esencialmente ideológicos y estaban determinados por la lógica de la bipolaridad –en el sentido de la oposición capitalismo/comunismo–, los criterios y parámetros del presente son otros, difiriendo radicalmente del «alineamiento automático», es decir, que no reproducen subordinación o confrontación y se distancian de dicotomías valorativas como «bien/mal» o «amigo/enemigo». Las elecciones actuales –más allá del recurso a la constitución de bloques regionales como mecanismo de renovación y sofisticación de canales económicos– las dictan las necesidades de fortalecimiento de las economías nacionales para volverlas más competitivas a través de la acción de los capitales (volátiles o duraderos) y por la transferencia de tecnología³.

En la época de la tercera revolución industrial también los Estados-nación se transforman: no para desaparecer, como pregonan algunos prematuros análisis políticos, sino más precisamente para adecuarse a las nuevas exigencias, entre las que destacan la competitividad en el ámbito internacional y la gran evolución de la eficacia del trabajo, estimulada en especial por las formas nuevas y eficientes de gestión empresarial e incluso por las nuevas tecnologías. En este contexto, disminuye progresivamente la importancia «estratégica» del proletariado clásico, emergiendo nuevas mediaciones y segmentos sociales.

de izquierda, aclarando que tomo como referencia los valores inaugurados por la Revolución Francesa y las ideas originarias del «socialismo científico» y de sus fundadores así como su historia posterior en los marcos de la II y III Internacional, sobre todo de esta última, que instituyó el «socialismo oficial».

² Para comprender mejor esta noción, ver S. Huntington: «Choque das Civilizaioes» en *Política Externa*, vol. 2, N1/4 4, Paz e Terra, 1994, San Pablo. El autor argumenta que, de acuerdo con los conflictos económico-comerciales y geopolíticos del nuevo orden mundial, el mundo contemporáneo también puede caracterizarse y determinarse por contradicciones étnico-culturales, raciales y «civilizacionales», tomando como referencia, entre otros, conflictos de esta naturaleza en Europa, Estados Unidos, Asia, Oriente Medio...

³ Para el debate sobre la(s) configuración(es) del nuevo orden mundial y sus implicancias para América Latina, ver: J. A. Ghilhon Albuquerque: «O Fim da Guerra Fria e os novos conflitos internacionais»; «O Mercosul e a Integraiao económica no continente», ambos en prensa; J. Chipman: *A América Latina e os novos desafios da ordem internacional: a política do alinhamento banal*, Paz e Terra, San Pablo, 1992, pp. 79-101; R. Ricupero: «O Desafio latinoamericano» en *Política Externa*, vol. 2, N1/4 2, Paz e Terra, 1993, San Pablo.

Hay todavía otro aspecto a considerar en el caso latinoamericano: la persistencia de un estado de *dependencia* de naturaleza económica (y también política, en buena medida) respecto de los países centrales, especialmente de Estados Unidos. No se trata de retomar los términos en que tal debate fue introducido en los años 60 –particularmente por las izquierdas, motivadas por la reflexión cepalina de los sociólogos Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, en su clásico *Desarrollo y dependencia en América Latina*–, pero es importante señalar la actualidad de algunos temas, tales como la noción de soberanía, la discusión sobre *eficacia* estatal y, sobre todo, la exclusión social.

El gran desarrollo científico y tecnológico y los cambios provocados por ellos en las relaciones capital/trabajo también (re)colocaron en la agenda mundial los problemas de la desigualdad y del desempleo, ahora reconocidamente estructurales. En décadas pasadas, el *welfare state* fue capaz de enfrentarlos con la competencia, pero en el presente el problema adquiere proporciones explosivas, tanto en los países centrales como en los periféricos y en aquellos que intentan experimentar el desarrollo. No es por otro motivo que el Grupo de los 7, reunido recientemente en Canadá, programó el encuentro cumbre de 1995 para tratar específicamente el tema, así como también lo discutieron públicamente los jefes de Estado en la última cumbre del Mercosur. La problemática explica, en buena medida el comportamiento antimodernización asumido por las izquierdas que identifican en la globalización y en el nuevo orden mundial nuevas formas de explotación, con la consecuente profundización de la miseria y la inversión del flujo de capitales –supuestamente en el sentido Sur-Norte.

Nuevas configuraciones, nuevas miradas

Este mundo que se transforma tan rápidamente se puede mirar de dos maneras: lamentando sus contenidos y apegándose a las reminiscencias del pasado, como hace el melancólico más empedernido (incapaz de comprender el presente y pensar el futuro), o enfrentándolo con la perspectiva, además, de transformarlo, como siempre hicieron los mejores protagonistas de la historia de las civilizaciones humanas. Grosso modo, éste es el dilema del pensamiento de izquierda: las respuestas del pasado son incapaces de satisfacer las preguntas del presente, mucho más los desafíos del futuro.

La perturbación que corresponde a este momento no es otra que la que formuló Norberto Bobbio: «¿Derecha e izquierda aún existen? Y si existen todavía, ¿cómo puede decirse que perdieron completamente el significado? y si aún tienen un significado, ¿cuál es?»⁴. Para el teórico

⁴ Ver N. Bobbio: *Direita e Esquerda: razoes e significados de uma distiniao política*, Editora Unesp, San Pablo, 1995.

socialista italiano, el significado permanece vivo materializándose en un iluminismo ético que no prescinde de la lucha por la igualdad social, o sea que se trata de un ideal y un juicio valorativo. En efecto, también desconfió de otros caminos. Lo que puede distinguir a las izquierdas permanece vivo en los valores universalizantes proclamados por los insurrectos de la Revolución Francesa que iniciaron la Modernidad: *libertad, igualdad, fraternidad*.

La constatación de la situación defensiva y poco cómoda en que se encuentran mundialmente las izquierdas es en sí misma motivo de reflexión pues afortunadamente argumentos *ex post* pueden, eventualmente, estar impregnados de contenidos proféticos. Se recomienda cautela. Es un hecho que la llegada y el ascenso del fenómeno neoliberal, sobre todo a partir de la era Reagan-Thatcher, conformó un cuadro político e ideológico ampliamente desfavorable, pero conviene indagar cómo una ideología que fundamenta y practica desigualdades económicas y sociales puede volverse hegemónica en condiciones relativamente tan tranquilas, sin una oposición a su altura.

Para responder estas preguntas, trabajo con la hipótesis de que las izquierdas fueron prisioneras de paradigmas obsoletos e insostenibles, pues no advirtieron la profundidad de las transformaciones en curso, aceptaron el terreno de la propaganda doctrinaria frente al cual no disponían de argumentos mínimamente convincentes y no se reciclaron ni asumieron un perfil destacadamente propositivo, se confundieron con la defensa del statu quo (con el cual, seamos justos, no tenían responsabilidad en sus efectos perversos, pues sus pasajes por el poder fueron invariablemente efímeros exceptuando, naturalmente, al «socialismo real»). En resumen, las izquierdas dejaron de levantar las banderas de la transformación y de la *modernidad*, permitiendo a la ideología neoliberal la tarea afirmativa de legitimación de una modernización conservadora, ya que es excluyente.

En el plano político, la asociación e identificación con los regímenes del «socialismo real» significó un verdadero desastre; basten para su verificación empírica los equívocos y monstruosidades que se ejercieron en ellos. En la práctica, las izquierdas quedarían vinculadas a la ausencia de libertades civiles e individuales, la petrificación de la matriz teórica transformada en doctrina oficial del Estado, al engaño del estatismo que generó un indiscutible atraso tecnológico y mantuvo intocados privilegios y desigualdades. Se puede decir que algunos segmentos se mantuvieron relativamente distantes de los regímenes socialistas, entre tanto, es necesario reconocer que allí reposaba el crisol de las izquierdas, a pesar de una u otra «corrección de desvíos».

Incluso las corrientes trotskistas –históricamente críticas de los regímenes stalinistas– mantuvieron, por ejemplo, la clásica caracterización de

«Estados obreros», en una alusión transparente de que lo esencial no estaba en cuestión. (A propósito, no deja de ser cómico verificar la aproximación de grupos trotskistas, maoístas y otros con el régimen cubano luego de la desintegración del Este europeo).

El rasgo común de las izquierdas era mantener algún grado de referencia y de vínculos con los regímenes socialistas (URSS, China, Albania, Cuba, etc.). Elegido el modelo, se trataba de disparar baterías contra el enemigo común –el capitalismo imperialista liderado por Estados Unidos– y esperar un día la revolución. Esta obediencia ciega y este alineamiento automático las dejaron perplejas, atónitas y desmoralizadas frente a acontecimientos como el ascenso de Khrushchev y la denuncia de los crímenes realizados durante la dictadura stalinista, la Primavera de Praga, la invasión al Tíbet, la represión a la libre organización obrera que se hicieron en Kronstad –quién no se acuerda de las palabras de Trotsky: «humíllense como perdices», refiriéndose a los revoltosos– y contra Solidaridad polaca, las masacres de *lesa* humanidad de Khmer Rojo y de la Plaza Celestial en Pekín, los paredones y la manutención del enorme contingente de presos políticos en Cuba... y tantas otras atrocidades que nada deben a los peores crímenes de la historia humana como el nazismo; todo hasta llegar a la catastrófica y vergonzosa caída del muro de Berlín (levantado por los comunistas con el pretexto de preservar su *reino de la libertad*). Tal como Shakespeare había sugerido en *Hamlet*, también algo olía a podrido en el reino de las izquierdas.

¿Qué es lo esencial o, en términos marxistas, cuál es la raíz del problema? La radicalidad de la cuestión reside en la base del pensamiento de la izquierda socialista, más precisamente en tres esferas: 1) en la creencia de que un orden social «justo» solamente sería conquistado mediante la abolición de la propiedad privada y la amplia estatización de la economía; 2) en una teoría de la historia escatológica (finalista) que identifica el reino de la libertad con una sociedad autorregulada y sin la presencia del Estado, acuñada como comunismo; 3) en la formulación de una teoría política clasista que se opone a la democracia.

Tomando como asertivo el hecho de que el socialismo dejó de ser «apenas» una doctrina, conformándose históricamente como un movimiento político-práctico, el desafío de las izquierdas consiste en una amplia renovación de las ideas, capaz de comprender (y rever) con profundidad las experiencias protagonizadas por ella y los cambios del mundo contemporáneo. Mantienen su actualidad dos banderas centrales: a) (re)adoptar un comportamiento esencialmente transformador, es decir, formular una plataforma de reformas radicales que incidan sobre el Estado, la sociedad, la economía y la política en la perspectiva de una

progresiva igualdad social; b) afirmar un compromiso definitivo y radical con la democracia, tomada como valor procedimental⁵, medio y fin.

Sin embargo, antes de desarrollar las tesis de un reformismo radical y de afirmación de una vocación democrática, es necesario problematizar rápidamente los «puntos de estrangulamiento» arriba mencionados, relativos al pensamiento económico y a la teoría de la historia tradicionales en las izquierdas.

Sobre la idea de la planificación y el control estatal de la economía, es preciso recordar que el pensamiento socialista se desarrolló inspirado por dos conceptos: el rechazo y el no reconocimiento del derecho a la propiedad privada, tomada legítimamente a través de la expropiación; y la comprensión de que el Estado –siempre e irremediabilmente– sería una institución con determinada naturaleza de clase. Como resultante, el mercado jamás sería capaz de construir relaciones «justas» para la clase social generada en la base del proceso de superación del sistema feudal, teniéndose como consecuencia «inevitable» la lucha de los proletarios por la abolición de la propiedad privada y por la construcción de un «Estado obrero».

Sucede, sin embargo, que el socialismo no representó, desde un punto de vista económico-social, mejoras sustanciales para la clase obrera y los trabajadores en general, especialmente por cuatro razones: 1) por la ausencia de igualdad, determinada por la persistencia de profundas desigualdades originadas en una pirámide social sociopolítica que no sólo no fue suprimida sino siquiera modificada, con notorios privilegios para la burocracia estatal-partidaria que concentró y monopolizó la renta nacional; 2) por el no ejercicio del control social sobre la actividad productiva, en la medida en que el excedente era apropiado por el Estado y por quien efectivamente lo producía, culminando con la inexistencia de separación entre las esferas pública y estatal; 3) por ignorar componentes inherentes a los seres humanos, tales como la competitividad y la compleja diversificación de necesidades (es caricaturesco, por ejemplo, que el Estado deba establecer cupos de consumo para los ciudadanos); 4) por la adopción de un modelo estatista que, además de practicar altos índices de expoliación, se reveló incapaz de realizar una modernización científico-tecnológica.

⁵ En «O futuro da democracia: uma defesa das regras do jogo», Paz e Terra, Río de Janeiro, 1986, p. 18, Bobbio formula la definición de la democracia de esta manera: «...el único modo de llegar a un acuerdo mínimo cuando se habla de democracia, entendida como contrapuesta a todas las formas de gobierno autocrático, es el de considerarla como un conjunto de reglas (primarias o fundamentales) que establecen *quién* está autorizado a tomar decisiones colectivas y con *qué* procedimientos». Considero correcta la definición y suficientemente abarcadora y la adopto como «mía».

Considero que estos elementos son suficientes para una ruptura con la tradición estatista y para el reconocimiento de que es posible construir un orden económico socialmente regulado y justo mediante la adopción de emprendimientos públicos con control social, en el cual el Estado asuma un perfil competitivo, regulador y fiscalizador. Pero las izquierdas deben tener el coraje de admitir la legitimidad de aspiraciones a un bienestar material digno fundadas en las relaciones entre capital y trabajo donde se asegure que el estatismo no es sinónimo de igualdad, justicia y mucho menos eficacia.

La noción de una esfera pública no estatal debe estar acompañada de algunos cambios de comportamiento programáticos dentro de los cuales están: 1) comprender las modernizaciones en curso –que transforman sustancialmente las relaciones de trabajo con la tercera revolución industrial, la automatización y el advenimiento sofisticado de la microelectrónica– como signos positivos de la capacidad inventiva del hombre; 2) formular respuestas creativas para el problema estructural de desempleo que no impliquen más sacrificios sociales ni el estancamiento del desarrollo de nuevas tecnologías (se trata, pues, de democratizarlas); 3) reinventar los parámetros del Estado de bienestar de modo de recapacitarlo para enfrentar los desafíos contemporáneos de la exclusión y de la miseria crónicas; 4) insertarse adecuadamente en el inevitable proceso de globalización de la economía con vistas a una competencia mínimamente ecuánime, a través del redimensionamiento del papel del Estado y de la correspondiente influencia y control de la sociedad civil sobre la esfera estatal; 5) compatibilizar la simultaneidad de un orden económico más justo, que implique mayor distribución de la renta, con medidas que fomenten el intercambio cultural, el comercio exterior y la atracción de nuevos inversores transnacionales, con la respectiva valoración de las negociaciones de naturaleza multilateral.

En el plano del debate sobre la teoría de la historia, las izquierdas tienen otra gran deuda que deben saldar. Si hay una «verdad» en la cultura socialista, ella reside en la misión emancipadora de la clase obrera: si en otros tiempos esclavos y plebeyos se revelaron incapaces de poner fin a la explotación y la opresión, al proletariado le estaba reservado el papel histórico de redimir a la humanidad. El tema merece reflexión (revisión, para ser más preciso), sea por el superávit de profecías o por el déficit de revoluciones, pues éstas insisten en faltar a la cita⁶.

Para la tradición –particularmente aquella de inspiración marxista-leninista– la historia tiene un rumbo predeterminado, es decir, un «fin»

⁶ Me remito al título de Daniel Aarao Reis Filho: *A revolução faltou ao encontro. Os comunistas no Brasil*, Brasiliense, San Pablo, 1990, del cual extraigo el título y la idea básica de la derrota de la noción de «revolución» predicada por los comunistas, tanto en Brasil como en el resto de América Latina.

cuyos «medios» pueden (y deben) ser agilizados, dependiendo de algunas circunstancias, especialmente del ejercicio de desarrollo de las fuerzas productivas⁷ y de la clase revolucionaria generada en este proceso –y, es claro, de una buena vanguardia. Pero, para perseguir este legítimo objetivo hay una justificación que es histórica y política, pero sobre todo moral, en el sentido de la ilegitimidad de la explotación del hombre por el hombre. Las consecuencias de tal enfoque son conocidas y pueden traducirse en la adopción del marxismo como doctrina de Estado, en la legitimación del partido único, en la persecución de todo y cualquier tipo de oposición... ¿Al final, por qué razón admitir otras doctrinas, partidos e ideas si la historia tiene un curso previamente establecido y éticamente justificado?

La mención es oportuna en la medida en que demuestra que tal concepción de la historia conduce necesariamente a una visión y a un comportamiento totalitarios, por lo tanto, radicalmente antidemocráticos. Una teoría de la historia democrática y pluralista tendrá que incorporar, necesariamente, el azar y la indeterminación puesto que, en última instancia, la historia es la historia de los hombres. Desde esta óptica, las elecciones de hombres y mujeres son comprensibles apenas y solamente por las opciones concretas determinadas por múltiples intereses. En realidad, los individuos se asocian y establecen sus preferencias mediante los beneficios que les presentan y construyen. En fin, el determinismo histórico se reveló insostenible y superado; y del mismo modo, la noción de «elecciones racionales» adquiere nueva importancia⁸.

Transformado en impotencia, el socialismo dejó de ser una utopía generosa para revelarse como una pesadilla. No existen alternativas que signifiquen nuevas perspectivas y nuevas miradas.

Democracia como compromiso

Para una renovación radical de las izquierdas, es inevitable enfrentar un «problema» fundamental: la democracia. Las relaciones de las izquierdas con la democracia fueron, desde siempre, conflictivas y dos razones, entre otras, han sido determinantes en esa tensión: primero, el hecho de que la democracia moderna surgiera bajo la égida de valores liberales

⁷ La idea puede encontrarse en el clásico de Marx y Engels: *Manifiesto Comunista*, en el pasaje: «...los proletarios no pueden apoderarse de las fuerzas productivas si no es aboliendo el modo y la apropiación que era propio a éstas y, por consiguiente, todo modo de apropiación hasta hoy».

⁸ Aclaro que no adhiero a esta corriente ni tampoco hago la apología del individualismo metodológico, con todo, es necesario reconocer que, en comparación con el estructuralismo y el determinismo marxista clásicos, la teoría de la elección racional introduce un nuevo abordaje del problema que merece examinarse. Una formulación oportuna –que podemos considerar «intermedia»– se encuentra en Adam Przeworski: «Marxismo e Escolha Racional» en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* vol. 3, Nº 6, Anpocs, Vértice, San Pablo, 1988.

–asociados, por lo tanto, a la ascensión de la burguesía y a las revoluciones burguesas– le confería un supuesto carácter de clase, circunstancia que, «naturalmente», creaba un antagonismo; segundo, el pensamiento de izquierda, marcadamente marxiano o marxista⁹, prescribió una sociedad de tipo ideal y absolutizó la política a los «intereses» de una determinada clase social –el proletariado–. El resultado político-práctico de esto no podría ser otro que el desprecio a las libertades individuales, la indiferencia a la pluralidad y el rechazo de la noción de alternancia en el poder.

La pretendida inmanencia de la clase obrera es, pues, si no la única, el principal anclaje de una doctrina cuya teoría de la historia tiene escasísimos precedentes en cuanto a su determinismo. Independientemente del juicio ético-político que se pueda tener sobre la trayectoria de las izquierdas, la cuestión de la democracia es el tema central no resuelto.

Por contradictorio que pueda parecer, muchas de las conquistas democráticas en el mundo moderno contaron con la decisiva participación de las izquierdas. La paradoja no reside en algunas ideas generosas de la sociedad o incluso en la ampliación de los derechos, sino sobre todo en la democracia concebida como valor procedimental. Las izquierdas mantuvieron vivos sus ideales de igualdad económico-social, pero por lo general pensaron y practicaron la transformación basada en la noción de ruptura legada por la tradición jacobino-bolchevique. No es por otra causa que se explica la brutal influencia del pensamiento leninista: nunca se trató de nuevos postulados económicos o de una nueva teoría del Estado sino, sobre todo, de un modelo para una «teoría de la revolución».

La matriz marxiana, además de matices y diferentes tensiones internas¹⁰, entiende la conquista de la democracia como la dictadura del proletariado. Pese al sentido específico atribuido al término –de inspiración clásica y que denota transición–, hay que preguntarse por qué los socialistas revolucionarios no formularon la idea de una «democracia del proletariado». Realmente no lo hicieron porque el ideal de emancipación jamás sería conquistado bajo parámetros burgueses; la «universalización» del hombre y de la sociedad se pensaba a partir de

⁹ Podemos admitir matices relevantes en la literatura marxista –como por ejemplo las distinciones entre las tradiciones estalinista y gramsciana– sin embargo, todas las corrientes sostuvieron la inmanencia revolucionaria del proletariado y su «misión» de vanguardia en el «irreversible» proceso de superación del capitalismo. Esta constatación remite, por lo tanto, a la raíz del pensamiento socialista, es decir, a la formulación marxiana.

¹⁰ Adopto como excluyentes particularmente las corrientes originarias de la II Internacional que revisaron el pensamiento socialista no sólo en la esfera económica (con la invención del *Welfare State*) sino también en el plano político, en la medida en que abandonaron la idea de «dictadura» sustituyéndola por el compromiso con la democracia.

clase obrera, puesto que ésta lo tenía como su «misión» y que la hegemonía clasista expresaría las ideas de su dominación. En resumen, el problema solamente se solucionaría mediante una ruptura, es decir, mediante la revolución social.

Las izquierdas no sólo incorporaron estas ideas-valores (tanto en los países en que ejercían el poder como en los que lo postulaban) sino que además perdieron de vista las conquistas que reivindicaban. Y es en este aspecto que se establece la contradicción con la democracia. Para ser más preciso, desde mediados del siglo XIX –periodo caracterizado por un revolucionarismo endémico, según las brillantes palabras de Hobsbawm– hasta hoy, la lucha por la igualdad y la ampliación de los derechos, a pesar de la incuestionable hegemonía político-cultural burguesa, significó un enorme progreso para la humanidad, acompañado de una considerable mejoría de las condiciones de vida. A lo largo de este periodo, con las numerosas disputas que de todos modos lo afectaron, se ampliaron fantásticamente los derechos obreros, se democratizaron las relaciones con el Estado (aunque en grados mínimos en algunos casos), se universalizó el sufragio... Aunque tensionado y por vías incluso tortuosas, este ciclo promovió el florecimiento de la sociedad civil y la consagración de la democracia.

Transformaciones de esta magnitud y en este gran espacio de tiempo no podían pasar incólumes, incluso si se considera que ocurrieron con mayor profundidad cuanto más democráticos eran los regímenes políticos y cuanto mayores eran la participación y la influencia social de las izquierdas. Esta es la cuestión emblemática: la democracia supone la diversidad, admite disputas, consagra conquistas y se legitima en la alternancia del ejercicio del poder.

Fue en la democracia que las izquierdas crecieron, conquistaron prestigio, credibilidad y legitimidad, y que aumentaron su «poder de fuego», inscribiendo derechos y ampliando el ejercicio de la ciudadanía. Aun así la negaban, considerándola un «artificio burgués». Esta era la paradoja que tardó en percibirse y que, hay que subrayarlo, les costó muy caro.

Los argumentos que hemos expuesto autorizan dos hipótesis: 1) las izquierdas nunca comprendieron adecuadamente la democracia, estableciendo relaciones contradictorias, simultáneamente valorativas (positivas) e instrumentales (negativas): positivas en la medida en que necesitaban proponer reformas y relacionarse con la sociedad civil y sus instituciones políticas incluso por razones de sobrevivencia, lo que implicaba algún grado de compromiso; negativas en la medida en que tales relaciones no eran sinceras y quedaban prisioneras de una visión de tipo clasista que, en su versión extrema, mantenía viva y presente la imagen del asalto al poder (al «Palacio de Invierno», como hicieron con «éxito» los bolcheviques); 2) el fin de la Guerra Fría crea condiciones más

favorables para que las izquierdas se deshagan de antiguos (y obsoletos) paradigmas¹¹.

Con respecto a la segunda hipótesis –en rigor me parece más un axioma–, las ventajas de la caída del comunismo son políticas y teóricas, a pesar de la avalancha de inspiración neoliberal que se disparó: políticas, en el sentido obvio de la desvinculación total de un modelo insostenible desde un punto de vista democrático; teóricas, en el sentido de deshacer la rigidez del pensamiento de izquierda, creando una atmósfera cultural e intelectual favorable a la invención y a la revisión.

Repensar la democracia desde la perspectiva de una izquierda renovada representa el establecimiento de una ruptura con la tradición, particularmente con la de inspiración marxista¹². Si hay algo contemporáneo en el pensamiento marxiano –más allá de una inigualable interpretación de la sociedad capitalista que carece de interesantes y agudas actualizaciones– está en la idea de una transformación constante. Y si esta transformación es simultáneamente cultural, política, económica y tecno-científica, también debe incidir sobre la esfera de la praxis. A propósito, nada más antimarxista que congelar las conciencias y suprimir la crítica. La coyuntura es más que propicia para dudar de todo.

Tal redefinición implica incorporar la noción liberal mencionada por Bobbio de una «concepción individualista de la sociedad», a través de la cual no se ignora la naturaleza social de los seres humanos, pero se comprenden sus lazos asociativos como elecciones determinadas por circunstancias específicas¹³. Como ejemplo, podemos continuar adoptando el concepto

¹¹ Me refiero a la carencia de los modelos totalitarios y a la posibilidad de una determinada (y deseable) «desideologización» de las disputas políticas en sentido distinto de la antigua polaridad capitalismo-comunismo. Evidentemente, no ignoro el terreno estrictamente doctrinario, propagandístico e incluso ideológico en que se procesan los argumentos guerras mundiales, la superación de fenómenos totalitarios (nazi-fascismo, por ejemplo) y una buena dosis de disputas nacionales y regionales muchas veces sangrientas. De todos modos, tomando como referencia la segunda posguerra, es emblemática la verificación de la inexistencia de conflictos bélicos entre países que consolidaron la democracia.

¹² Como se ve, hablo en defensa del diálogo y de la aproximación de las ideas de izquierda con la doctrina liberal, aclarando que hago una neta distinción entre liberalismo (en la esfera de la política) y liberismo (en el plano económico). Algunos autores identifican la posibilidad de oxigenación de las izquierdas aun en el campo marxista como hace Carlos Nelson Coutinho en *Marxismo e Política: a dualidade de poderes e outros ensaios*, Cortez, San Pablo, 1994. No contradigo este esfuerzo– que rescata las mejores tradiciones de la II Internacional de Bernstein, Kaustsky y Rosa Luxemburgo, o incluso los vientos renovadores traídos por el eurocomunismo–, sin embargo, no creo que sea posible, incluso «cuando se supera cualquier espíritu dogmático» (como es reconocidamente el caso de ese autor), afirmar un compromiso sincero y fecundo con la democracia en los marcos restrictos del pensamiento y la tradición marxistas. Reafirmo, pues, la necesidad nodal de que las izquierdas dialoguen e incorporen otras matrices, como las aquí mencionadas.

¹³ V. N. Bobbio: ob. cit., pp. 13-14.

de clase social como recurso teórico macro-explicativo de una sociedad, sin embargo, esto no autoriza conclusiones definitivas sobre las razones por las cuales los individuos eligen ciertas opciones. Hablar de libertad política o religiosa es hablar de personas humanas y no de actores abstractos, porque cualquier acción grupal será siempre una acción de individuos asociados, se trate de un partido o una iglesia.

Combinar el pensamiento liberal con la democracia, para Bobbio, explica por qué la democracia se desarrolló y hoy existe sólo donde los derechos de libertad fueron constitucional y políticamente reconocidos. El reconocimiento constitucional de los derechos individuales es, pues, el fundamento del Estado liberal, de donde se sigue que éste es el presupuesto no sólo histórico sino político y jurídico del Estado democrático. Por las razones mencionadas, las izquierdas se mantuvieron distantes y en oposición a cualquier formulación de inspiración liberal, sin embargo, ahora se ven frente a la necesidad de dialogar y aprender de su antiguo verdugo. Fue en la democracia –es decir, en el orden político-jurídico fundado por los liberales– que a las izquierdas se les reconoció el derecho a existir y disputar y que experimentaron el ejercicio del poder democrático. Fue en la democracia que, de hecho, se obedecieron los criterios de la legitimidad de la mayoría y del respeto a las minorías y que se evitó su opuesto, la autocracia –gobierno a través del cual se legisla por causa propia sin representación para hacerlo–¹⁴.

A diferencia de lo que supusieron algunos «idealistas», la democracia no es un régimen de tipo «perfecto», inmune a las extravagancias de los hombres concretos: como obra humana –inventada y reinventada– está sujeta a múltiples interacciones positivas y negativas. A este respecto, es siempre oportuno recordar a Berlín cuando analiza el pensamiento y «El Problema de Maquiavelo» acerca de las infinitas interpretaciones sobre la obra del pensador florentino: «Maquiavelo pide hombres mejorados, no pide hombres transfigurados o sobre-humanos en un mundo de seres angélicos desconocidos en esta tierra en que, aunque pudiesen ser creados, no podrían ser llamados humanos»¹⁵.

A propósito de las eventuales «promesas no cumplidas», Bobbio es definitivo en la universalidad y generosidad de la democracia: «mi conclusión es que las promesas no cumplidas y los obstáculos no

¹⁴ Volviendo al concepto de democracia, tomado también por su opuesto –asumidamente en sentido negativo– Giovanni Sartori: *A Teoría da democracia revisitada*, Atica, San Pablo, 1994, la define así: «democracia es un sistema donde nadie puede investirse a sí mismo del poder de gobernar y, por consiguiente, nadie puede arrogarse un poder incondicional e ilimitado».

¹⁵ La afirmación de Isaiah Berlin sobre «El Problema de Maquiavelo» desnuda la naturaleza de la política y de los humanos, confiriéndoles una dimensión esencialmente realista que, además de poner en jaque a la perspectiva finalista del comunismo, recupera la noción weberiana de la política como expresión de «intereses».

previstos ... no fueron suficientes para 'transformar' los regímenes democráticos en regímenes autocráticos. El contenido mínimo del Estado democrático no se achicó: garantía de los principales derechos de libertad, existencia de varios partidos que compiten entre sí, elecciones periódicas y sufragio universal, decisiones colectivas o concordadas (en las democracias asociativas o en el sistema neocorporativo) o tomadas sobre la base del principio de la mayoría...»¹⁶

Si no aprenden el imperativo de la democracia y la entienden como medio y fin, las izquierdas corren el riesgo de padecer por su propio anacronismo, incapaces de ejercer ninguna representación política y sin credibilidad social.

Otra cuestión polémica para las izquierdas siempre fue la de la representación. El concepto de democracia directa también surge impregnado de contenido ideológico para oponerse a la democracia representativa-burguesa y restrictiva. El problema, sin embargo, es sustancialmente distinto de la prescripción original que argumentaba la limitación del sufragio. Es válido el argumento de que el voto y la elección de gobernantes contienen limitaciones, coexistiendo otras formas de manifestación de intereses y opiniones (sindicatos, movilizaciones sociales, plebiscitos, referendos, etc.) con todo, todavía no se inventó otro método más eficaz y preciso para decidir sobre el poder político y comparar opciones libremente.

Aún más allá del carácter «limitante» del sufragio en sí, las izquierdas denunciaban restricciones a la libre organización de los trabajadores y la práctica de fraudes y distorsiones. Ahora bien, si en épocas pasadas, en efecto, tales problemas existían (voto censitario, prohibición del voto femenino, etc.) hoy son excepcionalidades localizadas que dicen al respecto mucho más sobre el perfeccionamiento de los dispositivos democráticos que sobre su supresión.

A la pregunta de si es deseable ampliar los beneficios y ventajas de la democracia representativa con mecanismos complementarios de participación directa, la respuesta sólo puede ser afirmativa; sin embargo, es imprescindible admitir la premisa de que el poder se ejercerá a través de una representación/delegación, es decir, sobre la base de una intermediación entre deliberantes y deliberados y con la expectativa de que este espacio pueda disminuir.

La democracia puede y debe ser ampliada, involucrando al Estado y a la sociedad civil. Por esta razón, la afirmación de Bobbio acerca de un «índice de desarrollo democrático» es formidable cuando compara niveles más elevados en la medida en que aumentan las instancias en las cuales

¹⁶ N. Bobbio: ob. cit., pp. 37.

se ejerce el voto y no sólo en el número de ciudadanos votantes de un determinado universo político-social¹⁷. Por lo tanto, se trata de desviar el punto de observación –del Estado hacia la sociedad civil–. En resumen, la democracia se afirma más en la medida en que amplía el universo de participación de los individuos en las decisiones que los conciernen sin que esto contradiga el hecho de que existan diferentes intermediaciones entre deliberantes y deliberados.

Desde este punto de vista, se obtiene una relación positiva y sincera de la democracia con el pluralismo y la tolerancia –nociones particularmente caras a las izquierdas. Contra la distinción conceptual entre ambas, una democracia verdadera sólo podrá ser pluralista si comparte el poder, es decir, si desconcentra el monopolio del ejercicio del poder. En otras palabras, la democracia sólo podrá existir si presupone el disenso y la expectativa de alternancia del poder político. A esto corresponde una idea inherente de tolerancia, o sea, una valoración del disenso, permanente disposición para el diálogo y negociación con otros actores. En las palabras de Bobbio, «para que exista una democracia basta el consenso de la mayoría. Pero exactamente el consenso de la mayoría implica que exista una minoría de disidentes»¹⁸. Por implicar el disenso, la democracia difiere diametralmente de la suposición de un mundo homogéneo concebido a partir de una clase social específica, tal como pensaban las viejas izquierdas.

Las palabras pueden sonar simples y desconectadas del mundo concreto de la política. En el caso de las izquierdas –particularmente en el caso latinoamericano, que asistió a una escalada de regímenes dictatoriales y los posteriores procesos de democratización– el proceso puede ser más doloroso porque significa reconocer los avances del periodo más reciente y establecer rupturas profundas con la tradición, pero ésta es una elección irrenunciable si se desea aprender algo de la política y la historia de los hombres, historia que si no fue la soñada e idealizada fue la que de hecho se construyó, incluso con las izquierdas como protagonistas.

El difícil (y urgente) arte de gobernar

En América Latina debe hacerse algo todavía más complejo: en palabras de Castañeda, «democratizar la democracia»¹⁹, es decir, formular (y

¹⁷ La «cuantificación» apunta a atender la perspectiva de engrandecimiento y enraizamiento de la democracia a través de criterios cualitativos de participación, es decir, no absolutizando la cantidad de electores ni de elegidos. Esto significa que la base de la democracia reposa en la sociedad civil.

¹⁸ Bobbio comprende la diferencia como valor constitutivo de la democracia, lo que implica admitir y respetar el disenso –una visión predominantemente tolerante y pluralista.

¹⁹ Ver J. Castañeda: *Utopía desarmada: intrigas, dilemas e promesas da esquerda latino-americana*, Companhia das Letras, San Pablo, 1994, pp. 296-324.

practicar) una plataforma de reformas radicales que combine desarrollo con inclusión. Asumir la democracia como imperativo remite a otro desafío simultáneo para las izquierdas: ejercer el poder político. Gobernar en el sentido de las transformaciones políticas y económico-sociales es también un desafío inédito, pues la tradición recomendaba esperar la revolución.

Influenciadas por las nociones mencionadas de revolución y ruptura en la esfera de las superestructuras, las izquierdas destinaron poca atención a las cuestiones relativas al poder local. Sucede que éste es un espacio privilegiado de la actividad política, en el que se procesan formas específicas de gestión y de relaciones entre Estado y sociedad civil. En el caso latinoamericano, el problema se agudiza en virtud de la secular centralización de recursos, de la ausencia de una cultura política democrática y participativa y de las profundas desigualdades sociales que acompañan la historia del continente.

Es preciso pues que las izquierdas reformulen su visión del problema, sea para que se adecuen al nuevo ciclo inaugurado por los procesos de democratización, sea para que se preparen para el ejercicio del poder. Castañeda formula correctamente la cuestión: «La democracia municipal debe transformarse en la piedra fundamental de la agenda democrática de la izquierda. No tanto porque los problemas de la región puedan resolverse en esa escala, sino porque tipifica la categoría de cambios que son viables, significativos y que constituyen un escalón para el futuro»²⁰. Sostiene con acierto que un simple *boom* de gobiernos municipales de izquierda es rigurosamente insuficiente *per se* para promover reformas más abarcadoras, sin embargo, es el recurso inevitable para el surgimiento de una izquierda más sensitiva en lo que se refiere a la sociedad civil y más preparada para el ejercicio del poder.

La noción de democracia municipal expresa el anhelo de descentralización de recursos –materiales y de poder– y es, por decir así, intrínsecamente democrática en la medida en que aspira a ser el desagadero natural de muchos movimientos sociales emergentes que desean compartir el poder y, por lo tanto, disponer de mayor participación en los procesos decisorios. Esto supone una profunda transformación político-cultural en las costumbres latinoamericanas, caracterizadas por las tradiciones tutelar y autoritaria.

La profundidad de esta transformación puede ser evaluada a través de dos cambios centrales: reorientar el Estado en el sentido de hacerlo dar cuenta de sus actos y elecciones; y erigir un sujeto primordial de la vida política, la sociedad civil –lo que, en el escenario latinoamericano, representa una verdadera «revolución». El argumento incluso se puede reforzar con una verificación empírica: las izquierdas serían tanto más

²⁰ *Ibíd.* pp. 300-308.

influyentes cuanto mayor fuera su capacidad de gobernar y operar reformas²¹.

Podemos encontrar un ejemplo reciente y emblemático en las experiencias de los «presupuestos participativos» desarrollados por los gobiernos municipales del Partido de los Trabajadores, en Brasil, a partir de 1989²². A pesar de los eventuales errores propios de un noviciado, tales procesos van modificando la percepción recíproca de los gobernantes y de los representantes de la sociedad civil acerca de los límites estatales y del ejercicio compartido del poder. Esta ampliación de la participación y de la democracia, además de resultar pedagógica, contribuyó decisivamente a la edificación de un nuevo patrón de relaciones entre los actores políticos (partidos, movimientos sociales, entidades empresariales, etc.) y especialmente para la capacitación de las izquierdas.

Sería demasiada pretensión afirmar que experiencias de esta naturaleza encierran el ideario de una nueva izquierda, sin embargo, ofrecen nuevos caminos a través de los cuales se proyectan los contenidos y los alcances de las reformas deseadas. Lo importante, en este caso, es destacar la necesidad de que las izquierdas perciban dos precondiciones: 1) grandes transformaciones pueden procesarse sobre la base de la irradiación de una nueva cultura política participativa y democrática, cuya «piedra fundamental» debe identificarse con la democracia municipal; 2) para operar reformas radicales, es preciso calificarse para el ejercicio del poder, tanto en la perspectiva de compartirlo, como en la urgencia de presentar proposiciones concretas (a diferencia de la tradición que se abastecía tan sólo de principios y palabras de orden).

Proporciono otro ejemplo que demuestra la amplitud del problema: el reciente encuentro del Foro de São Paulo, realizado en Montevideo,

²¹ Las raras experiencias de gobiernos de izquierda en América Latina todavía no fueron capaces de construir una sólida cultura política. En Europa la situación es distinta: la continuidad de gestos de izquierda constituyó un importante aprendizaje político-institucional, contribuyendo a la ampliación de su influencia en los procesos políticos más importantes y a su prestigio social y para la formación de nichos progresistas. Para comprender un caso particularmente importante, ver M. JSggi, R. MYller y S. Schmid: *Red Bologna*, Writers and Readers, Londres, 1977. El periodo más reciente, marcado por la declinación de las izquierdas europeas, no desautoriza tal conclusión, sólo requiere actualización de diagnósticos.

²² Desde este año, el Partido de los Trabajadores adopta en prácticamente todos los gobiernos municipales bajo su mando procesos participativos en las decisiones sobre los presupuestos públicos. Tal proceso incluye la definición de prioridades de inversiones generales y sectoriales, innumerables plenarias deliberativas con representantes de la sociedad civil organizada y compromiso con las decisiones establecidas. Aunque amplió extraordinariamente los niveles de información y participación, la experiencia generó, naturalmente, algunas contrariedades por parte de los legisladores (que vieron disminuido su papel político) e incluso no fue capaz de institucionalizarse al punto de ser implementada por otros gobiernos.

reveló la extraordinaria incapacidad para comprender el nuevo orden que se está gestando y, en consecuencia, no fue más allá de la reafirmación de principios genéricos. Sus resoluciones no trascienden el «sueño de los libertadores conquistando el derecho al pleno ejercicio de la independencia, la soberanía, la democracia, la justicia social y el bienestar para nuestros pueblos y naciones»²³. Ahora bien, nadie osaría contradecir tales aspiraciones, pero el hecho es que la Unión Europea acaba de proponer una agenda de acercamiento con el Mercosur que culminaría con la constitución de un Área de Libre Comercio entre los dos bloques, está en curso la implantación de la Zona de Libre Comercio de las Américas (se prevé que entre en funcionamiento para el año 2005), o el TLCAN amenaza con nuevas posibilidades de asociaciones, todos los países subdesarrollados carecen de inversiones de capitales y de nuevas tecnologías para sus respectivos procesos de desarrollo, la Organización Mundial de Comercio tiene varias cuestiones irresueltas, etc.

¿Cuál es la posición de las izquierdas sobre estos temas? La defensa de mecanismos de integración del Foro no van más allá de la clásica percepción de la unidad político-cultural de América Latina, hecho que revela no haber percibido la radicalidad de las transformaciones mundiales. Resulta evidente, por lo tanto, que las izquierdas carecen de proyecto para sus respectivos países, ni para interactuar en los nuevos órdenes mundial y regional. En estas condiciones, se debilitan y son incapaces de contraponerse a los idearios que pregonan modernizaciones conservadoras, sobre todo los de inspiración neoliberal.

Pienso que las izquierdas deben adoptar un comportamiento predominantemente propositivo, es decir, deben auto-reformarse (en el sentido de un compromiso visceral con la democracia) y encaminarse por la vía de un reformismo radical (en el sentido de volver a empuñar la bandera de la modernidad con justicia social)²⁴.

La agenda y la plataforma de las izquierdas deben, por lo tanto, incorporar un proyecto de desarrollo que: 1) promueva la modernización económica a través de dispositivos de concesión/permiso, empresas y regulación del Estado, perspectiva sustancialmente distinta de la tradición estatista; 2) cree una esfera pública no estatal sobre un amplio control de la sociedad civil; 3) dote al parque industrial de condiciones mínimamente competitivas –incluso con flujo de capitales transnacionales y de nuevas tecnologías– con estímulos a los sectores productivos (en contraposición al capital especulativo efímero) y encarando el proceso de inserción económico-comercial; 4) constituya un mercado consumidor interno de

²³ Ver «Declaración de Montevideo», resolución del V Encuentro del Foro de São Paulo, mimeo.

²⁴ Reafirmo la proposición de Bobbio: *Dereita e Esquerda...* para quien estas banderas cotienen el significado y la diferencia contemporáneos de la izquierda.

masas a través de políticas dirigidas a la distribución y desconcentración de la renta; 5) adopte políticas de garantía a los derechos sociales que democraticen al Estado y no se confundan con privilegios para determinadas castas y corporaciones.

En el plano estrictamente político, hay que incorporar el principio de la alternancia del poder y luchar por reformas que democraticen sobre todo el Estado y socialicen la política, de modo de ampliar (cuando no abrir) su porosidad, o sea, asegurar un nivel mínimo de control y fiscalización de la sociedad civil. Se trata de recuperar valores republicanos que hablen respecto de la separación y distinción de las esferas pública y privada, sin los cuales ninguna perspectiva modernizadora será posible. Traduciendo el argumento, una nueva izquierda que ostente dignamente esta nomenclatura debe pautarse por un ideario democrático y republicano.

Si el mundo cambia a una velocidad increíble, esas transformaciones inciden también sobre sus actores políticos requiriendo correspondencia: las nuevas configuraciones que llegaron con la Guerra Fría, los dilemas enfrentados por las izquierdas marxistas e incluso por la socialdemocracia, o el colapso de las diferentes versiones del fenómeno nacional-populista, si por un lado actualizan las distinciones entre izquierda y derecha, por otro, también introducen nuevos problemas –dentro de los cuales el del «bloque» y el «campo» políticos que se deben construir– es decir, recoloca el debate sobre las alianzas de las izquierdas.

Tomando la diferencia como un valor constitutivo de la democracia (y de la libertad) y admitiendo el agotamiento de idearios del tipo «obrero-popular» u «obrero-campesino», se trata de repensar el bloque de alianzas que deben construirse con vistas a la gobernabilidad pretendida e incluso a la necesidad y conveniencia de la edificación de gobiernos plurales. Hay ejemplos recientes de estos problemas enfrentados por las izquierdas latinoamericanas: las últimas elecciones presidenciales en México, Brasil, Uruguay, Argentina, Colombia, entre otros países, desnudó la fragilidad de los arcos políticos que en ellos se construyeron y contribuyó decisivamente para la derrota de todos los candidatos de izquierda y centro-izquierda.

Para construir una nueva hegemonía política y cultural será necesario un nuevo bloque político-social, que incorpore nuevos temas (medio ambiente, defensa de las minorías, multiculturalismo, paz, etc.) e incluya segmentos hasta entonces vistos con desconfianza por las izquierdas (sectores del empresariado y de productores rurales, sectores «medios», espectros partidarios de centro y de centro-izquierda, etc.). Como no podía ser de otra manera, este nuevo bloque tendrá que afirmar su plataforma sobre el desarrollo con justicia social y distribución de la renta,

en el compromiso con la democracia, en la transparencia de los negocios públicos y en el ejercicio compartido del poder.

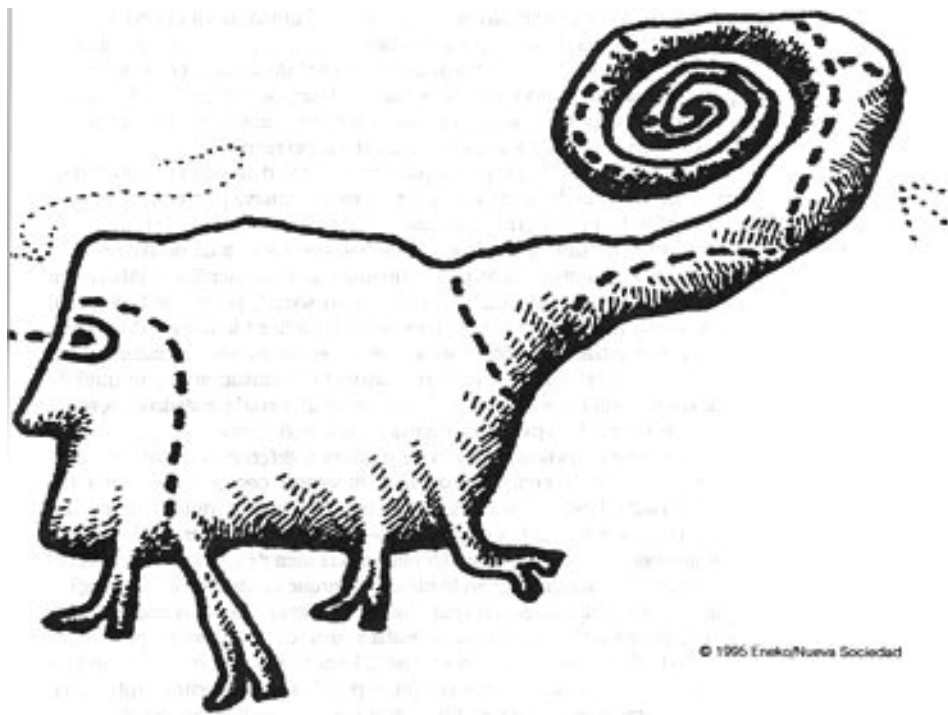
Está en cuestión, por lo tanto, la vocación de las izquierdas para el ejercicio del poder y su capacidad de formular e implementar reformas estructurales que inauguren un nuevo ciclo histórico. Para ello, tendrán que autosuperarse, o sea, vencer el «umbral» de ser buenos fiscales y afirmar una percepción del Estado y de la sociedad que las acrediten para las transformaciones que juzguen necesarias y justas. En otras palabras, ha llegado el momento de elegir entre un comportamiento marginal predestinado al «oposicionismo» o a una perspectiva transformadora que implica calificación, capacitación y vocación para el poder político. En palabras de Castañeda, la síntesis de la cuestión es: «La izquierda puede triunfar y tener la oportunidad de demostrar que sabe gobernar. O puede manifestarse como irremediablemente incompetente y obsoleta...»²⁵.

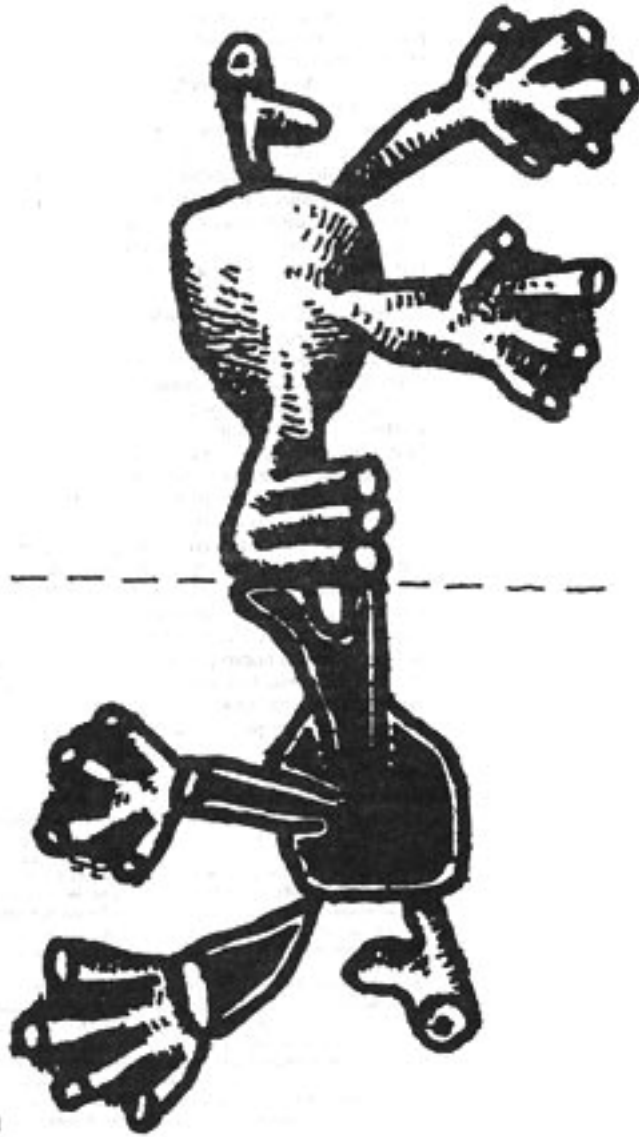
En pocas palabras, las izquierdas deben aceptar las reglas del juego democrático (perfeccionándolas siempre que sea necesario) y asumir la definición básica de que, sometiéndose a la competencia, aspiran legítima y democráticamente al ejercicio del poder –para que puedan materializar los valores que las originaron y que se mantienen más actuales que nunca.

Este es el camino por el cual se puede construir lo que Tarso Genro llama una utopía modesta, «un proyecto modesto, pero que pueda incorporar millones, para recuperar rápidamente y en lo cotidiano los valores de la solidaridad humana, del espíritu público, la idea de colectividad, el respeto a los derechos de la mujer, del negro, de la infancia y de la adolescencia ... crear, de nuevo, una perspectiva de futuro, que hoy está sofocado y que nunca estuvo tan amenazado por la impunidad de los que comercian con la desgracia de sus hermanos»²⁶. Estos son los desafíos del presente porque «si la izquierda no tiene la humildad de reconocer, hoy, que no tiene un proyecto socialista capaz de seducir y hegemonizar para la democracia a una amplia mayoría capaz de sostenerla en el poder a través de un «consenso mayoritario», demostrará que está ciega frente a la situación mundial y la profunda crisis teórica de nuestra generación».

²⁵ J. Castañeda: ob. cit., p. 225.

²⁶ Admito que no siento simpatía por cualquier utopismo, con todo, guardo integral de acuerdo con los términos presentados por T. Genro: *Utopía Posible*, Artes e Oficios, Puerto Alegre, 1995, pp. 138-143. La «utopía» que él presenta bien podría ser tomada como una agenda o un proyecto para una nueva izquierda. «Filigranas» aparte, su declaración es sucinta y productiva, cosa que incorporo en mi pretensión normativa.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista

